Los Contemporáneos

Núm. 774.



LA HIJA DEL PECADO

NOVELA POR

E. Contreras Camargo

20 Cts.

LOS CONTEMPORANEOS

La dirección advierte a los señores colaboradores espontáneos, que agradeciendo mucho la deferencia que para esta publicación representa el envío de sus originales, no mantendrá correspondencia acerca de ellos ni publicará otros trabajos que los solicitados expresamente.

Los Contemporáneos

AÑO XV.—NÚM. 774
22 NOVIEMBRE 1923

DIRECTOR: MARIANO GRACIA

LA HIJA DEL PECADO

PROLOGO

Un joven de veinticinco años, con su carrera terminada, de familia honorable, de gentil presencia y simpático rostro, vivo y locuaz, no tiene que hacer grandes esfuerzos, ni someterse a vergonzosas abdicaciones de su decoro, ni aun de su independencia, para conseguir una buena boda, aun careciendo en absoluto de fortuna.

Y como Ignacio Vélez Arias, con estas condiciones y con un carácter vehemente, no era un romántico, porque la vida fué dura y penosa para él desde la muerte de su padre, que no dejó a la viuda y al hijo más patrimonio que una pensión exigua, no le fué difícil a la madre inclinar el ánimo del joven hacia un matrimonio de conveniencia y convencerle, con sus prácticos argumentos, de que aquellos amores suyos, que él consideraba que le unían con estrechos lazos a una mujer que le había sacrifiacado su virtud, no eran, en realidad, otra cosa de mayor trascendencia que una de esas locuras de la juventud, sensibles, si se quiere, pero que no deben atar a un hombre para toda la vida.

La buena señora, que, como mujer, hubiera condenado la seducción y hubiera compadecido a la víctima, abominando del hombre que la engañara si no cumplía las promesas con que logró hacerla caer, como madre, que sólo atiende a la felicidad de su hijo, llevada por ese sentimiento tan sublime, que hasta ennoblece el egoísmo, sólo sentía el afán de procurarle a Ignacio un porvenir dichoso, libre de privaciones y de apuros, como

es, sin duda, el que se cimenta en sólidos bienes de fortuna.

Y ese afán le proporcionó razones bastantes para vencer sus escrúpulos y sofocar los remordimientos de su conciencia.

—Yo no niego que esa muchacha sea digna de ti, que sólo por amor te haya sacrificado su honradez, aunque en esto es muy frecuente equivocarse; pero reflexiona que con ella tu porvenir se anula, que vas a imponerte el sacrificio de una vida de privaciones, de escaseces, de malestar, de lucha que mata el amor más firme. Es una desgracia que no se remedia con resignarse a ser desgraciado, y que quizá se remediaría mejor no compartiéndola, procurándote tú un bienestar que te permitiese ser feliz y mostrarte generoso.

No fué preciso mucho más para que Ignacio quedase convencido. Bastó que la madre le indicara quién era, en su sentir, la mujer que podía hacerle dichoso.

—Lucía es una muchacha encantadora; su bondad, su educación y su belleza asegurarían la felicidad del hombre que se uniese a ella, y la fortuna que sus padres poseen es tan considerable, que os permitiría vivir con la mayor esplendidez, proporcionándote el mejor medio para abrirte un horizonte brillantísimo en tu carrera, que, de otro modo, no lograrías nunca, por grandes que fuesen tus esfuerzos.

Verdaderamente, la muchacha era para Ignacio, por todos conceptos, apetecible. Más de una vez, estando junto a ella, había apreciado sus cualidades y había sentido la sugestión de su belleza, de su voz dulcísima, de la sensibilidad que sus elevadas ideas revelaban.

—Pero yo no sé que a Lucía se le haya ocurrido nunca pensar en mí.

—Los hombres sois muy poco sagaces, hijo mío. Sin haber hablado con ella, sólo por efecto de la fina intuición que nosotras tenemos, que muy pocas veces nos engaña, me atrevo a asegurarte que, no sólo no les has sido indiferente, sino que le proporcionarías la felicidad si te dirigieses a ella.

Y en cuanto esta inquietud prendió en su ánimo, lo demás fué labor del tiempo.

La llama de este nuevo amor redujo a cenizas en breve plazo al que ardía en rescoldo, y las promesas seductoras de un porvenir incomparable de felicidad sepultaron en el olvido aquel primer amor.

Ignacio y Lucía se casaron, y la ventura desvaneció completamente en el ánimo de él aquella vaga sombra de su conciencia.

I

Al bajar del auto, ante la casa de confecciones, Lucía tuvo que detenerse porque el público que pasaba impedíale seguir hasta el portal.

La calle del Príncipe, resplandeciente a esa hora del anochecer, cuando la luz de los arcos voltaicos multiplica su reflejo en la luna de los escaparates, ofrecía la animación extraordinaria de ese momento madrileño, tan típico que no tiene semejante en ninguna capital de Europa, aunque muchas de ellas aventajen a la corte de España en tráfico industrial y en movimiento ciudadano, más vertiginoso, pero menos alegre y pintoresco.

Entre los transeuntes que se interponían a su paso, vió Lucía una joven de modesto atavío que la miraba con insistencia. Al fijar la vista en aquel semblante, sintióse impresionada por un grato recuerdo, que hizo dar a su memoria un salto atrás de algunos años.

—¡Enriqueta!

La joven se detuvo, y, con alegría que velaba la timidez, respondió:

—¡Lucía!...

—¿Me habías visto y pasabas sin saludarme?...

—No creí que me reconocieras.

—¡Pero habiéndome conocido tú!...

Como interrumpían el paso, sufriendo los empellones de los transeuntes, Lucía propuso:

—Vamos a entrar aquí... digo, si no llevas tanta prisa que no puedas detenerte unos instantes...

—Aunque la llevara.

—¡Parece imposible!... ¡Cerca de cuatro años sin vernos!... Ni por casualidad. ¡Eres una ingrata; desapareciste sin advertirlo, sin dejar huella!...

—Tienes razón. Me porté mal... y precisamente contigo, mi mejor amiga del colegio, a quien me unían no solamente el cariño, sino también la gratitud...

—¡Bah!... No lo dije por eso. Reprochaba el que me hubieras olvidado.

—Pues no creas que mi afecto hacia ti ha disminuído. No supongas que no te he recordado frecuentemente, ni que olvidé los beneficios que debo a tu generosidad.

—¿Quieres callarte? No me debes, ni me debiste nunca. más que mucho cariño, como el que yo te he profesado siempre.

—Lo sé. Has sido muy buena para mí; las bondades tuyas son de las que siempre se recuerdan con gratitud.

—¿Y por qué desapareciste sin decirlo, sin dejar rastro por el que yo

pudiera averiguar tu paradero?... ¿Por qué no has querido escribirme siquiera? Yo cuando me casé te dirigí dos cartas, una desde Sevilla, y otra desde Murcia, poco antes de mi regreso. Y tú, a las dos le diste la callada por respuesta. Supuse que habrías mudado de domicilio, pero me extrañó mucho que no me lo participases. ¿Por qué ese incomprensible mutismo?

—Sería muy largo de contar, y aun conociendo las causas, tendrías razón para no disculparme; es decir, no sé... puede que sí me disculparas.

—Pues tienes que decírmelas. No estoy dispuesta a perdonarte si no me das una explicación, si no me ofreces un testimonio elocuentísimo de que es verdad que te has acordado de mí, y de que tu afecto no se desvaneció como el humo.

—Bien, sí... Otro día—eludió Enriqueta—. Ya nos veremos y te lo contaré.

—Pero, ¿cuándo?... ¿dónde? ¿Quieres ir a casa, o prefieres que vaya a verte yo? Dame tus señas, por si acaso. No me fío de ti, aunque me prometas visitarme, después de lo que hiciste...

—Iré; te doy palabra.

—¿Cuándo?... Mañana mismo, a la hora que quieras. Dime la que mejor pueda convenirte y te aguardaré. Pero, de todos modos, dame tu dirección para ir a verte si no me cumples la promesa.

—¡A mi casa tú!...—protestó Enriqueta.

—¿Por qué no?

—¡Vivo tan pobremente!... Yo iré, te lo prometo.

—Pero has de decirme dónde vives. ¿O es que me haces la ofensa de suponer que porque tu casa sea humilde, tendría yo a menos visitarte?

—¡Oh!... De ningún modo... Sé adónde llega tu bondad.

—Entonces...

Había extraído Lucía de su bolso una carterita con lapicero, y tomando éste se dispuso a apuntar en una de las hojas. No había medio de excusarse, y Enriqueta tuvo que responder:

—Salitre, 48, último piso.

—Perfectamente; ten mi tarjeta. Mañana por la tarde, a la hora que quieras, me encontrarás en casa, y si no vas, cuando menos lo pienses, pero muy pronto, iré a verte yo, y ahora no quiero entretenerte más tiempo; hasta mañana.

Cogió las manos de la joven, la atrajo cariñosamente hacia sí, y, besándola en ambas mejillas, añadió:

—¡Que no faltes!...

—No faltaré—respondió Enriqueta, visiblemente conmovida y confusa, saliendo del portal, en tanto que Lucía se encaminaba hacia la escalera para subir al piso entresuelo, donde Madame Margueritte Rivoir tenía instalado su famoso "Palais de la Mode" y su gran taller de confecciones.

II

Había experimentado Enriqueta una gran alegría, pero le contrariaba el encuentro. Alegría inmensa porque no en vano había sido Lucía la compañera inseparable, la íntima confidente, la que durante los cinco años de permanencia en el Colegio del Socorro, y no obstante la enorme diferencia de posición social que las separaba, tuvo para ella todos los afectos y las puras estimaciones de una hermana amantísima.

Enriqueta había correspondido a aquel cariño con todas las gratitudes de su alma. Sentía por Lucía más que amistad, adoración, porque sus generosos sentimientos, su bondad, su ternura ingenua y sin dobleces, habíale proporcionado hondas satisfacciones espirituales y materiales, y esto no podía olvidarlo quien, como Enriqueta, poseyera un corazón sensible y una tan acrisolada nobleza de pensamiento.

De aquellos días dichosos, de juveniles inquietudes, de esperanzas risueñas, de ilusiones rosadas, no se había desvanecido la memoria, y en ella seguía indemne el culto a aquel afecto fraternal...

Pero tales cosas habían ocurrido después, por tan distintos rumbos habíanse encaminado ambas existencias, que la separación iniciada al abandonar el colegio había llegado a abrir un abismo entre las dos, a uno de cuyos bordes estaba la vida sonriente, feliz, pletórica de encantos y de bienestar, de ilusiones realizadas, y de aspiraciones satisfechas de Lucía, y al otro, el humilde existir lleno de amarguras, de desencantos, de martirios y hasta de oprobios de la infortunada Enriqueta, que no había merecido de la suerte más que los fugaces halagos y las pasajeras venturas que han de servir tan solo para que se haga después más intenso y más acre el amargor de la desdicha.

Y era tanta y tan deprimente la que ensombrecía la vida de Enriqueta, era tan triste su calvario, tan irremediable la fatalidad de su destino, que vencida ya y resignada, lo único que podía anhelar era vivir oculta, sin que aquel dolor y aquel tormento, que nadie podía comprender, fuese conocido de quienes, por haber merecido los favores de la fortuna en todos los aspectos en que ésta puede manifes-

tarse, no habrían de disculpar ni compadecer a la que fué siempre víctima de su injusto, de su cruel, de su despiadado abandono.

Por eso le contrarió el encuentro con la amiga entrañable de otros días, y por eso al separarse de ella consideraba lamentable que la bondad de Lucía la hubiera obligado a prometerle que iría a verla. Pero no quedaba otro remedio. Si no cumplía lo ofrecido, ella se presentaría en su casa, y esto era peor, más depresivo, más doloroso, ya que había de hacer más ostensible su infortunio, la pobreza dolorosa a que la redujera su infausta suerte.

Soportaba con mansedumbre, con resignación, su calvario; pero un resto de femenina vanidad hacíale sentir vergüenza de que conociesen sus penurias, las estrecheces, de su vivir mísero y triste, tan contrario al bienestar en que se deslizaba sonriente la existencia de Lucía, y el que ella misma había disfrutado en otro tiempo.

III

Terminada su labor, cuando ya la luz iba faltando en aquel tabuquito pobre, pero impecable de limpieza, en que Enriqueta escondía las penas de su vivir sombrío, fuése a vestir sus mejores galas y a transformar ante el espejo su rostro pálido de mujer abatida y prematuramente marchitada por el esfuerzo cotidiano de una labor penosa, no compensada con una sana y suficiente alimentación, ni con el necesario ejercicio al aire libre.

Pero así que arregló las crenchas doradas y suavizó su fino cutis con la caricia de la borla de polvos, y terminó los pueriles detalles de su tocado, fué adquiriendo belleza la imagen reflejada por el espejo, hasta el punto de ofrecer una cara bonita, de dulces facciones, de conjunto tan agradable, que hasta sus mismos ojos negros, de tan ardiente mirar en otros días y al presente de tan triste expresión, hubieron de asegurarle que no habían podido las penas destruír por completo aquellos encantos juveniles que años atrás la esperanzaban con un porvenir lisonjero de amor y de ventura, que no había alcanzado.

Con el vestido de calle, de sencilla y graciosa hechura, la esbeltez de su cuerpo adquirió una gallarda gentileza, que aumentaba considerablemente los atractivos de su semblante.

Sin opulentas morbideces, era su persona tan justamente proporcionada y tenía un aire tan natural de distinción, que producía un grato efecto, tan atrayente como la serena hermosura y la simpatía de su rostro, en el que las privaciones y las vigilias habían marcado huellas indelebles que,

lejos de destruír su belleza, acentuábanla con la nota interesante y sugestiva del dolor que resignadamente se soporta.

Fué a besar a la nena, que jugaba en el corredor con otros pequeñuelos, y a recomendar su cuidado a su vecina de tugurio, una mujer tan pobre como ella, pero más dichosa, puesto que sentía endulzadas las estrecheces de su vida por el amor de un hombre honrado y bueno y de dos hijos que podían ostentar un nombre sin mancha.

El rosado capullo, que era toda la alegria de Enriqueta, el único afecto sublime y grande que la compensaba de su triste existir y la sostenía heroicamente en su infortunio, echóle los brazos al cuello para besarla con aquella boquita suave y fresca que aun no sabía modular las palabras con claridad, pero que tenía las efusiones de un cariño tan grande, que lograba con sus besos dar energías y endulzar con supremos goces aquel corazón lacerado.

—Serás buena, mi vida, y no harás diabluras, ¿verdad?

—No, mamaíta... ¿Pero vendás ponto?

—Sí, volveré en seguida; pero si estos niños se marchan antes, vete tú con tus vecinitos cuando se vayan a su casa.

—¿Y me taerás camelos?

—Sí, te los traeré.

Le decía adiós con su manita rosada, mientras ella iba bajando la escalera, y al llegar a la portería aun sonó en sus oídos, llenando su corazón de amorosa ternura y su mente de recuerdos torturadores, la vocecita angelical, que suplicaba:

—¡Que vengas ponto, mamá, que vengas ponto!...

IV

Interrogó al portero, que embutido en su levitón y acariciándose las canosas patillas, indicóle la amplia escalera al propio tiempo que decía:

—Piso principal.

Al oprimir el timbre temblábale el pulso. Sin explicarse a qué extrañas razones pudiera obedecer, sentíase conmovida por una honda emoción.

—¿La señorita Lucía Montes?

—Sí, pase usted.

Era un regio vestíbulo, adornado con ricos muebles, cuadros y trofeos.

—Tenga la bondad de sentarse. ¿A quién la anuncio?... ¿A la señorita Enriqueta, sin duda?—dijo la gentil y

graciosa doncella, sonriendo con la más estudiada amabilidad.

—Sí... eso es.

Desapareció la muchacha tras uno de aquellos cortinajes que cubrían las puertas sin que su andar hiciese ruido sobre la blanda alfombra que cubría el suelo. Al contemplar aquel confort, y al presentir tanta riqueza como debiera haber en aquella casa, recordando su tugurio, sin más muebles que una mesita, una vieja cómoda, un tocador mísero, y unos cuantos asientos de los más toscos, amén de la cama, la cuna de la niña, y la mesa de noche que completaban su ajuar, distribuído en dos habitaciónes blanqueadas, que con la cocina microscópica, constituían la vivienda, sintió un encogimiento que casi rayaba en temor.

—Tenga la señorita la bondad de pasar—dijo la doncella, reapareciendo tras el portiers que levantaba—. Y la precedió por un ancho pasillo al que, a derecha e izquierda, abríanse puertas de habitaciones lujosísimas, con grandes espejos, con ricos muebles, con arañas, cuadros, continajes y tapices que debían valer una fortuna.

Cuando se detuvo la doncella para dejarla paso, apareció Lucía, que abrazándola efusivamente, hízola entrar en un precioso gabinetito, al mismo tiempo que exclamaba con alegre tono:

—¡Has cumplido tu ofrecimiento!... No puedes figurarte cuánta alegría me proporcionas. Desde ayer no he pensado más que en ti, recordando nuestros felices tiempos de colegialas, temiendo que no cumplieses tu promesa y pasara el día sin que juntas pudiésemos evocarlos, y sin que después me contaras tu vida desde que no nos vemos, lo que ha sido de ti, lo que se realizó de aquellas ilusiones, de aquellas quimeras que forjábamos para distraer nuestro aburrimiento... Sobre todo lo que es de ti... Ya sabes que te quise siempre como a una hermana, y sigo queriéndote, a pesar de tu ingratitud, de tu deserción incomprensible.

Enriqueta no respondía a aquel aluvión de cariñosas demostraciones. Conmovida por una emoción que estaba a punto de traducirse en llanto miraba a la que fué su compañera, sin saber qué decir, abrumada y confusa.

V

Vino a su memoria el pasado.

Allá fueron iguales; sólo las diferenciaba las insignificantes preferencias que las de pensión de primera tenían sobre las de segunda; pero análogo trato por parte de las bondadosas hermanas; los mismos uniformes, idénticos dormitorios, largos y tristes, con su doble fila de camas blancas; el mismo recreo en el jardín, ensombrecido por corpulentos árboles, donde las mayores charlaban formal-

mente, mientras las pequeñas se divertían con sus juegos. Todo casi igual, en una palabra.

Aquí la riqueza, el lujo de un vivir suntuoso y espléndido, al compararse con la humildad de una existencia angustiosa, de privaciones, de escaseces, de dolor sin tregua, establecía un contraste abrumador, que las separaba, aun encontrándose juntas, por una distancia sin límites.

Y todo eso la cohibía, haciéndola temblar y enmudecer, tanto como su pobre indumentaria, tan impropia de aquellos elegantes muebles tapizados de sedas, de aquellos cortinajes de blondas y damascos, de aquellos artísticos objetos que adornaban el gabinete, tan en pugna con el bello vestido de casa, de azulado crespón con valiosos encajes, que cubría el airoso cuerpo perfumado de la que fué su amiga, y realzaba la hermosura de aquel semblante de mujer morena, ardiente y soñadora, aun más embellecido por los cuidados del tocador, que suavizan y abrillantan el cutis.

La sentó Lucía a su lado y la acariciaba como a una hermanita más pequeña, para infundirle alientos, para comunicarle su alegría al verla junto a sí después de tantos años de no disfrutar de su presencia, presintiendo que aquella turbación, aquel rictus de tristeza, que en ella advertía, pudiera obedecer a algunas de esas fatales amarguras que necesitan del estímulo de una gran confianza y un gran cariño para manifestarse.

—Conque... cuéntame, cuéntame...

—¿Qué podría contarte que te fuera grato escuchar?

—Todo cuanto a ti se refiera ha de interesarme: mucho si es grato; más aún si, por desgracia, no lo es. Espero impaciente que me refieras lo que ha sido de ti en estos cuatro años, pero sin que me ocultes detalle ni pormenor alguno.

—En una vida humilde como la mía, todo son penas y sinsabores. ¿Para qué entristecerte con su relación minuciosa?

—Pero de aquellas risueñas esperanzas, de aquellas ilusiones que nos hacíamos, ¿ninguna has alcanzado?

—Ninguna. La que creí lograr, la que me hubiera hecho dichosa, se desvaneció también para siempre, y hoy, ni espero nada, ni me es lícito tener ninguna aspiración.

—¡Oh, por Dios!... A tus años no se puede asegurar eso. Mientras hay juventud, hay esperanza.

—Para mí, no.

—¿Por qué?... No me lo ocultes; sé franca conmigo; acuérdate de que en aquellos días dichosos yo era la confidente de tus alegrías, de tus temores, de tus inquietudes y de tus penas.

—Aquello no eran penas comparadas con las de hoy.

—Dime, dime... Confíate a mi cariño, cuéntame tus desencantos, tus sufrimientos, tus desdichas, ¿A quién si no podrías confiárselos para que supiera consolarte?

—¡O!... es verdad, es verdad; a nadie más que a ti, que pueda comprenderlos; a nadie tan indulgente, tan noble como tú, que de ellos se apiade y los disculpe.

—¡Ah!, niña mía, tú eres muy des-

graciada y tienes el pudor de tus desventuras; pero de mí no puedes dudar que sabré condolerme de tu dolor y confortar tu espíritu. Lo presiento, me lo confirma tu actitud, la tristeza de tu semblante, el abatimiento de tu ser. Tú has sido víctima de un gran desengaño, de una infame deslealtad. ¿No es cierto?

—¡De la mayor que puede imaginarse, de las que destruyen la vida para siempre!

—Eso no... La vida vuelve a sonreir, cuando hay tiempo para rehacerse de las torturas con que nos atormentan. ¿Qué desencanto tan enorme fué el que sufriste, que tan pesimista te hace?... Dímelo.

Enriqueta vacilaba; pero al mirar a su amiga tímidamente, vió tanta bondad en sus ojos, tan noble y desinteresado afán de conocer sus penas para mitigarlas con sus dulces consuelos, encontró en sus caricias tales estímulos, que se decidió a franquearse, buscando un desahogo que no había podido tener hasta entonces, y que tan preciso era a su alma dolorida.

—Cuando te vi la última vez, a poco de salir del Colegio — comenzó a contar resueltamente—, aún vivía mi pobre madre y era relativamente feliz, porque al mutuo cariño unía la más absoluta tranquilidad de conciencia y conservaba todas las ilusiones que tantas veces esperanzaron nuestra dichosa ignorancia de las maldades y de las amarguras de este mundo. Como la modesta pensión que disfrutaba mi madre era tan corta que no nos permitía vivir sólo de ella, me dediqué a bordar, y gracias a la influencia de las monjas, especialmente de Sor Cecilia, que era tan buena, tan compasiva, conseguí labor bastante bien pagada.

Con ella íbamos pasándolo menos mal.

Me pretendió reiteradamente un muchacho, que desde hacía algún tiempo me seguía siempre que me encontraba a las horas que yo tenía por costumbre salir para entregar la labor terminada.

Desde el primer momento me agradó; pero un secreto instinto me impelía a no aceptar sus galanteos, tomándolos como una distracción pasajera que no podía lisonjearme. Pero tanta fué su insistencia, tanto me asedió un día y otro con sus frases apasionadas y sentidas, con sus protestas de amor sincero y fervoroso, que al cabo consentí en que me acompañara; y pronto llegué a convencerme de que lo quería con verdadera ceguedad, con loca vehemencia.

Era muy joven, tenía dos años más que yo y estaba en el último año de sus estudios.

Me juraba que tan hondo era su cariño, tan grande la ilusión que yo le inspiraba, que en cuanto terminase la carrera nos casaríamos. Y yo lo creí, porque me parecía imposible que un hombre pudiera hacer semejante promesa sin propósito de cumplirla.

Cuando ya llevábamos cuatro meses de relaciones, empezó a asaltarme de nuevo el temor de que tanta felicidad no fuese posible; pero lo fundaba únicamente en la diferencia de posición de uno y de otro. Yo era una infeliz muchacha sin más recursos que

mi trabajo, sin otra dote que mi juventud y mi honradez; él, en cambio, era de una familia acomodada, hijo único y habría de heredar, cuando su madre, viuda, falleciera, una fortuna considerable.

Siempre que le insinuaba el temor de que esta diferencia llegase a interponerse entre nosotros constituyendo un obstáculo infranqueable, me disuadía con palabras vehementes, jurándome que sabría vencer todos los obstáculos que pudieran oponerse a la realización de nuestros afanes. Y era tan persuasiva su elocuencia y tan ciego el cariño que sentía por él, que, no dudando de su sinceridad me juzgaba dichosa.

Y no sé cómo, no sabría decirte por qué efecto de sugestión, de influencia dominadora, que sometía mi voluntad, que anulaba mi conciencia y rendía mi corazón, llegó a seducirme con sus palabras embriagadoras, expresivas, que caldeaban mi sangre y nublaban mi espíritu, que me rendían obediente y sumisa a sus deseos, hasta el punto de que, sin darme cuenta, me entregué a él cuando lo quiso, sacrificándole mi ser, mi vida, aun sin haber podido desechar ese temor que a solas me asaltaba, de que no podría realizarse tanta felicidad como era para mí llegar a ser su legítima compañera.

Y en este delicioso y fatal abandono de mi voluntad, esclava de sus locos afanes, pasaron tres meses, y cuando un día, estremecida y avergonzada, pero soñando en proporcionarle una inmensa alegría, le confesé que nuestro amor había de tener consecuencias y que era preciso, para que mi madre infeliz no tuviera que sonrojarse y yo pudiera considerarme digna de él y del angelito inocente que iba a venir al mundo, santificar el cariño que nos unía, la inquietud y la turbación que reflejó su rostro, más elocuente que sus engañosas palabras, me mostraron la desventura irremediable, el tremendo dolor que había de destrozar mi vida con una crueldad que yo no había merecido.

—¡La eterna infamia!... ¿Y te abandonó villanamente?

—Sin una disculpa, sin un pretexto que encubriera su traición. No supe más de él. Y este tremendo desengaño que destrozó mi alma, costó la vida a mi pobre madre. ¡Imagínate mi desesperación ante tanta desdicha, el horror a mi propia conciencia!

Lucía, consternada, no acertó a expresar su emoción de otro modo que oprimiendo amorosamente las manos ardorosas de su infeliz amiga.

—Si no hubiera sido por el ser inocente que habría de quedar desamparado en el mundo, no hubiera podido resistir mi pesadumbre. Pero esa consideración me hizo fuerte, y decidida a renunciar a todo, quise vivir para la defensa de mi hija, sin otra aspiración ni otro anhelo que verla crecer sana y dichosa.

—Y ya que no por ti, por esa niña, ¿no procuraste que ese hombre volviese?... ¿No hiciste nada para que al menos conociera al angelito a quien dió el ser?

—Sí lo hice, y ese vano intento fué el más amargo de mis dolores. Averigüé dónde vivía y le escribí una

carta. Sin hablarle de nuestro amor, sin reprocharle su conducta, sin mencionar el triste abandono en que me dejara, sólo le pedí que fuese a dar un beso a la nena que tan vivo recuerdo tenía de él en su carita celestial, en todas sus facciones. Tampoco le pedía nada para su hija: **sólo un** poco de amor, una **caricia, un dulce** recuerdo. Le decía que ni necesitaba ni admitiría nada de él, que era sólo el consuelo para mi alma lo que me atrevía a suplicarle; el anhelo de ver que tenía un sentimiento de piedad y de amor para el ser de su ser, limpio de nuestras culpas... Esperé anhelante su respuesta. Me levantaba todos los días con la ilusión de verle entrar de un momento a otro. Pero los días pasaron interminables, lentos... No fué... ni siquiera me contestó.

—¡Qué crueldad!... ¡Qué infamia!... ¡Es increíble que haya en el mundo seres tan insensibles, tan perversos!... Ahora me explico tu angustia y tus pesares. Pero no te dejes abatir por el desengaño, no te rindas al dolor de la ingratitud. Vive para tu hija y ten esperanza, si no en ese hombre, en Dios, que no puede condenar a tanto martirio en esta vida, que premiará tu resignación con días de ventura, de calma y de felicidad... ¡Ea, no llores, ten valor!... Y cuenta por lo menos con que ya tienes a quién comunicar tus penas, en quién depositar tu confianza...; quien sabrá consolarte y quererte más, desde que conoce tus desventuras, tu sacrificio, el dolor que no mereciste...

Y la besaba en las mejillas y en la frente y la contemplaba amorosa, con los ojos llenos de lágrimas, y oprimía sus manos y acariciaba su rostro, como una madre condolida por el tormento que destroza el corazón de la hija infeliz.

—Quiero conocer a tu nena—dijo Lucía de pronto—, y mañana mismo iré a verla. La querré como a ti te quiero... y será mi ahijadita. Ya verás cómo entre las dos cuidaremos de ella y hemos de conseguir que sea dichosa. Me la enviarás muchos días para que alegre con sus juegos y sus diabluras este hogar triste, que Dios no ha querido embellecer aún con la delicia de un heredero.

—Gracias, gracias, Lucía, y perdóname que el egoísmo del dolor me haya hecho olvidarme de lo que a tu vida se refiere. Sé que te casaste y te consideraba tan feliz que no podía imaginar que conocieses las penas... ¿No tienes hijos?

—No. Y ésta es la única que me agobia, porque me hace pensar en el desvío de mi esposo. Los hombres son así; cuando en casa no encuentran toda la felicidad con que soñaron, la buscan fuera, y yo sé que a mi marido le contraría, le disgusta no tener hijos. Es su obsesión, su anhelo, y Dios me niega este bien que afianzaría mi ventura.

—Pero eso vendrá, y cuando llegue podrás considerarte plenamente dichosa.

—Esa esperanza tengo... ¿Tú no conoces a mi marido?

—No.

—Como desde hoy has de ser lo que siempre fuiste para mí, la amiga entrañable, mejor aún, la hermana ca-

riñosa, y como vendrás con frecuencia, por lo menos para recoger a tu hija que tienes que enviarme a menudo, ya lo conocerás; pero por hoy voy a mostrártelo en nuestra fotografía de novios.

Dirigióse rápida a un mueble y, abriéndolo, sacó el retrato, que ofreció a Enriqueta.

Palideció ésta intensamente, y a punto estuvo de perder el sentido. Con la mirada enloquecida contempló aquella imagen, y sólo merced a un heroico esfuerzo de voluntad pudo reprimir el grito de angustia que se ahogó en su pecho y los sollozos desgarradores que estrangulaban su garganta.

Pero logró dominar la emoción tremenda y todo se redujo a la modulación silenciosa de un nombre en sus labios, algo así como una oración que se bisbisea maquinalmente.

Temió que le faltaran las fuerzas para ponerse en pie, porque en todo su cuerpo experimentaba un temblor extraño, que la escalofriaba y la estremecía. Pero tuvo que recurrir a un nuevo esfuerzo de voluntad para devolver el retrato a su amiga con un gesto apacible, y una frase obsequiosa, y con esa contracción de los nervios encontró la fuerza anímica que le faltaba. Se puso en pie.

—¿Ya te marchas?

—Sí, es muy tarde... Mi hija está sola.

—Siendo así, no intento retenerte. Mañana iré yo a verla y volveremos a charlar.

Sintió en su rostro Enriqueta como una quemadura aquel beso cariñoso de despedida, temiendo que fuera el suyo más ardoroso aún, porque la fiebre encendía su sangre, y salió rápida y marchando sin ver, sin darse cuenta, como inconsciente y atolondrada por aquel rudo golpe, que al sentirlo en el corazón hacía mortal la herida en él abierta, y sostenida por la calentura, llegó a su casa.

Las manitas rosadas de la nena recibiéronla con palmoteos de júbilo. La tomó en alto, sintiendo sus caricias en el rostro ardiente, como una deliciosa frescura. La sentó en sus rodillas, y abrazándola nerviosamente y cubriendo de apasionados besos aquella cara angelical, sintió que los sollozos estranguladores se iban fundiendo poco a poco en un llanto dulcemente consolador, que apagaba los ardores de su sangre y ponía quietud y serenidad en su espíritu.

VI

Lucía se presentó en el tabuco la tarde siguiente, y ante los ojos asombrados de aquella muñequita graciosa, que agradeció sus besos con caricias, comenzó a desenvolver los paquetes con que iba cargada.

Un vestidito, que era un encanto, de seda rosa con encajes; una capo-

tita con flores que debía sentar admirablemente a aquella cara de bebé y a los bucles dorados que la enmarcaban, y dulces y juguetes que Aurorita recibió con tan alegre asombro, con tan espontáneas y efusivas demostraciones de júbilo infantil, como si fuera cosa que sólo entre sueños hubiera visto hasta aquel momento dichoso. La madre sentíase abrumada por tanta prueba de bondad, por tan expresivas manifestaciones de afecto. Pero una sensación vigorosa de rebeldía, de orgullo herido, de rivalidad irrefrenable, mitigaba su gratitud, irguiéndose airada a pesar suyo. Y notó que de nuevo la fiebre hacía arder su sangre y que las encontradas emociones que en su corazón luchaban causábanle un dolor inmenso, agudo, imposible de soportar.

Pero, ¿cómo no rendirse ante aquel corazón magnánimo que la socorría en sus aflicciones, que con su amor de hermana le traía el consuelo y que, además, y esto sobre todo, venía a ejercer sobre su hija la misión bienhechora de ángel tutelar que siembra de alegrías el camino que ha de recorrer la inocencia?

Sí; era preciso, preciso, sofocar aquellos fatales pensamientos, aquellas inquietudes rebeldes de su corazón de mujer ultrajada, sacrificarlo todo, hasta la dignidad, por el bien de la nena.

VII

Pero aquel titánico esfuerzo determinó un desequilibrio nervioso que fatalmente había de trocarse en grave enfermedad. La postró en cama una fiebre altísima que no había modo de contener.

Y cuando Lucía extrañada de que no fuese a verla ni la hubiera enviado a su hija como le prometió, fué a su pobre tabuco, encontróse sorprendida con aquel cuadro triste, sombrío y pavoroso, que llenó su pecho de angustia.

¿Qué incomprensible orgullo era el de aquella infeliz, que ni en tan críticos momentos abdicaba ante la miseria para demandar un insignificante auxilio a la amistad?

Le reprochó cariñosamente su silencio, el no haberle advertido de su mal súbito, y a la vecina que la cuidaba le entregó unos cuantos billetes para que nada le faltase a la enferma.

La visitaba diariamente, permaneciendo con ella muchas horas, y en una de aquellas visitas le propuso:

—¿Quieres confiarme a tu hija has-

ta que mejores? Yo te prometo que nada ha de faltarle, que la cuidaré como si fuese mía...

—Lo sé, y a nadie se la confiaría con más tranquilidad que a ti... Pero no quiero privarme de su presencia en estos instantes de dolor. Sin verla a todas horas, sin sentirla cerca de mí, creo que me consumiría la fiebre... Perdóname. Yo te lo agradezco con toda el alma... pero compréndelo... si no la veo, mi vida será mucho más corta...

Y al decirlo lloraba, como si tuviera el presentimiento de que de todos modos su vivir sería muy breve, y a las frases alentadoras con que su amiga trató de confortar su ánimo, sólo respondió oprimiendo efusivamente la mano que la acariciaba.

Lucía le envió a su médico de cabecera con el encargo de que le hiciese cuantas visitas juzgara necesarias y prescribiese sin reparo los medicamentos que considerara convenientes; pero al pedirle informes, una tarde que le encontró al llegar a la vivienda de su amiga, el doctor le dijo sin rodeos que el estado moral de la paciente, al complicarse con su extrema debilidad y con la intensa calentura que la consumía, determinaba una tan grave situación, que consideraba inútil todo esfuerzo. El haría cuanto pudiera, sin embargo.

Sintió Lucía al escuchar aquel triste pronóstico un dolor infinito. ¿Sería posible que el Todopoderoso sancionara tanta injusticia?

Cuando entró en la mísera estancia y vió en el semblante de Enriqueta los estragos que había hecho la fiebre, no pudo dudar de que el vaticinio de la ciencia se cumpliría en plazo muy corto. Y la apenó tanto esta certidumbre, que no acertaba con las frases consoladoras con que quría alentar su espíritu.

La enferma la miraba insistentemente, con aquellos ojazos negros que abrillantaba la calentura, destacando su intensa luz de las ojeras amoratadas. Parecían expresar un anhelo que, sin duda, no se decidía a confiarle, y como Lucía lo comprendió, prestóle estímulos con sus tiernas palabras.

—¿Por qué no has de ser sincera conmigo?... ¿Por qué no me comunicas ese dolor que te atormenta?

—Temo pedir demasiado a tu corazón generoso... Pero... ¿de quién sino de ti podría esperar lo único que ansío... lo único que puede hacer felices mis últimas horas?... Escúchame. No trates de disuadirme de lo que estoy bien cierta. Mi vida se concluye, lo sé, lo siento, y sólo me apena por esa hija, por ese ángel que dejo en el mundo, en el más triste desamparo... Y eso es lo que quiero pedirte, que la protejas, que no la abandones, que seas para ella la madre que le faltará pronto. Si tu bondad me concede esta inmensa gracia, bendeciré tu nombre y para ti será el último pensamiento, el último suspiro de mi vida...

—¡Quieres callar!... ¿A qué entristecerte con esa idea absurda?... El mal que sufres no es tan grave, y pensar en morir es una insensatez; pero si ha de tranquilizar tu ánimo la certeza de que ni ahora ni nunca que-

dará tu hija desamparada, te lo juraré para que repose tu espíritu y se calmen tus inquietudes. No temas por ella. Si tú llegaras a faltar, yo sería su madre.

—¡Oh!... ¡Lucía de mi alma!... ¡Qué inmensa alegría me proporcionas!... Sabiendo que la acoges, que la proteges tú, la idea de morir no me asusta. Al contrario... Casi me seduce. Mi hija al lado tuyo será más feliz de lo que hubiera podido ser conmigo... Sí, mucho más, porque un luminoso presentimiento me dice que junto a ti no sólo la espera un bendito amor y un bienestar incomparable, sino que llegará a tener lo que no pudo darle mi desventura, otro amor santo que dignificará su nombre... ¿Verdad que sí... que hasta será posible eso para la vida de mi vida?

—Todo, todo lo que tú mereciste y no lograste, lo tendrá ella.

—¡Sí, sí, hasta eso!... Una voz divina que desciende me lo dice al oído...

Creyó Lucía que la fiebre le hacía delirar y trató de calmarla.

—Tranquilízate y reposa un poco... Basta ya de cavilaciones que te perjudican... descansa, mujer.

—Pero si estoy tranquila... No te alarmes. ¡Lo que me prometiste me da un sosiego y una felicidad!... Oye... hazme el favor... Abre aquel armario... En la tabla de en medio encontrarás una cajita cerrada con llave. Recógela. Quiero que te la lleves. En ella están mis prendas más queridas; hasta nuestro retrato de novios. También nos lo hicimos, no como tú, después del dichoso momento, sino antes, cuando a mí me sonreía la esperanza de que llegase... También encierra mi última voluntad; quiero decir mi última súplica, que la escribí ayer mismo. Pero te repito, por tu felicidad, que no abras la caja hasta que yo no esté en el mundo. Entonces, cuando ya no exista más que en tu memoria, entérate de lo que guarda y podrás explicarte lo que hoy te parece incomprensible. Verás que también te devuelvo algo que es tuyo, aunque un día creyera yo que me pertenecía...

Obedeció Lucía maquinalmente, y cuando fué a sentarse al lado del lecho, ya con la cajita entre las manos, vió que Enriqueta lloraba.

—¿Por qué te afliges de ese modo?

Enriqueta, que no podía responder, tomó la cajita para depositarla sobre la colcha, junto a sí; luego, cogiendo las dos manos de Lucía y oprimiéndolas fuertemente, se las llevó a los labios y las besó como se besan las de una imagen. Sus lágrimas ardientes resbalaban por entre los dedos de la hermosa joven, finos y suaves, como si sólo tuviesen la dulce misión de acariciar.

—¿Pero qué haces, muchacha?—le dijo ésta, queriendo disimular con una sonrisa la emoción que la conmovía.

—¡Bendecirte!... ¡Lo que haré hasta que la vida me abandone... y lo que seguiré haciendo si hay otro más allá!

VIII

Al llegar Ignacio a su casa, preguntó a la doncella si había vuelto la señorita.

—No ha vuelto aún.

—Pues cuando llegue, avíseme.

Y se encaminó a su despacho. Ya iba pareciéndole un poco extraña la conducta de Lucía. Casi ninguna noche, cuando llegaba él, había regresado ella. Venía observando esto con creciente disgusto desde algunas semanas antes. ¿Qué podrían significar aquellas ausencias tan prolongadas de su mujer? En cuanto se hizo esta pregunta y metió en cavilaciones su fértil imaginación, empezó a sentir una inquietud y un malestar muy semejante al de los celos. ¿Sería posible que Lucía?... ¡No!... Era una insensatez pensarlo; pero, como a renglón seguido su conciencia le reprochó su infidelidad, o por lo menos las pecaminosas aventuras en que se distraía más de lo prudente, volvió a mortificarle la idea de ser víctima del pecado de que se acusaba.

Y esta idea le produjo un gran desasosiego. Mientras no había podido imaginar que Lucía le engañase, había podido él entretenerse en amoríos ocasionales sin el menor remordimiento; pero en cuanto pensó en la posibilidad de que su mujer le imitara, buscando la compensación al abandono en que la tenía, sintió rebelarse su dignidad. Era preciso establecer una vigilancia para salir de dudas.

Le sorprendió el aviso de la doncella, caviloso y preocupado.

—Ya está ahí la señorita.

Se levantó y fué a buscarla a su gabinete.

Al verla sintió que su inquietud crecía. En el semblante de su mujer observaba una expresión que no era habitual en ella. Parecía emocionada, nerviosa, y hasta creyó notar en sus ojos señales de reciente llanto. Un escalofrío punzante le estremeció. Ella se despojaba febrilmente del vestido de calle para cubrirse con otro más suelto y más sencillo... Seguía él contemplándola atónito, sin acertar con una frase para abrir un diálogo que podía ser decisivo para su tranquilidad y que quería que se entablara a todo trance.

—No te apresures, mujer. No tengo prisa—le dijo displicente.

—Te hice esperar demasiado. Discúlpame... Estos días me encuentro tan desconcertada...

—Me pareció advertirlo. Noto en ti una inquietud... ¿Qué te sucede?

—Una gran desdicha. La pobre Enriqueta, mi amiga entrañable del colegio... Ya recordarás que te hablé de ella hace pocos días, cuando la encontré casualmente en la calle, después de cuatro años de no haberla visto.

—Sí, sí... ya sé...

—Pues se muere la pobrecilla... Está en las últimas. Ahora vengo de allí... y no te puedes imaginar lo que me apena su triste suerte... ¡Qué desdichadas son algunas criaturas!... Figúrate, sola, abandonada por el que causó todos sus males, sin remorderle la conciencia por la infamia que cometía, por los infortunios que sembró. Él fué la causa de que su pobre madre muriera al saber la deshonra y el abandono de su hija... ¡Qué hombres tan odiosos existen!... ¡Ni siquiera se conmovió al saber que había nacido un inocente ser de sus amores! ¡Ni quiso conocerlo!... ¡Te parece qué crueldad!... ¿Comprendes tú esto? Yo he pensado en lo que habría padecido si me hubiera ocurrido a mí, si en vez de ser tú un hombre tan bueno, hubieras sido un inhumano, un canalla, como el que engañó a Enriqueta, y me he estremecido de horror... ¿Verdad, Ignacio de mi alma, que tú no hubieras sido capaz de cometer esa villanía?

No acertó a responder el esposo. Aquel triste relato que reverdecía, sin duda, en su memoria un recuerdo desvanecido, le produjo una honda emoción inesperada. Sin sospecharlo su mujer, había hecho despertar su conciencia y le condenaba inexorable como a un hombre indigno y criminal. ¿Qué decir ante aquella acusación que al hacer sobre otro caía sobre él?

—¿Y dices que se muere esa desdichada?—interrogó para eludir una respuesta categórica.

—El médico me aseguró que no vivirá veinticuatro horas. La consume una fiebre enorme que no ha podido combatir, y es tan grande su extenuación... Ya ves las desdichas que ha causado ese infame...

—¿Y la pobre criatura?

—¿La niña?... De eso quería hablar contigo... Al sentirse morir, Enriqueta me ha suplicado que la proteja. Es mi amiga del alma, la única con quien me ha unido un amor fraternal... Yo la he prometido hacerme cargo de su hija, y tú, que eres tan bueno, no has de oponerte... Nada te dije porque estaba segura de que consentirías... ¡Y ahora es un juramento sagrado, porque se lo hice a una madre moribunda!...

—Bien hecho está, porque tú lo hiciste.

Se arrojó a su cuello y le besó frenética entre lágrimas.

—¡Lo sabía!... No era posible que tú pensaras de otro modo... ¡Qué bueno eres y qué dichosa me haces!

Pero él, en cambio, sentía un horror y una vergüenza de sí mismo que le obligaba a bajar la cabeza abatido y confuso.

Pensaba, sin duda, en aquella otra mujer abandonada cruelmente, que por dictado del destino, tal vez para avivar en su memoria el recuerdo y en su conciencia la pesadumbre, tenía el mismo nombre que la desventurada moribunda. Y pensaba también, sintiendo de sí mismo mayor vergüenza, en que había tenido la insensatez, la abominable obcecación, de dudar de aquella criatura santa que era su esposa.

IX

Se cumplió el vaticinio.

—¡ Pronunciando el nombre de usted ha muerto la pobre!—habíale dicho a Lucía aquella vecina bondadosa que cuidó, con solicitudes de madre, a la infeliz Enriqueta en su enfermedad.

Y ella, cumpliendo su promesa, tomó a la niña, en cuyo corazoncito ya habían despertado un nuevo amor las ternuras de aquella señora que tanto quería a su mamá y tan generosa se mostraba con ella, y se la llevó como si fuera su propia hija, dulce, mimosamente, considerándola doblemente digna de sus más efusivos amores por ser la de aquella desventurada amiga suya y porque sólo en ella podía encontrar amparo y protección aquel ser indefenso, aquella pobre almita que había comenzado a iniciarse entre el dolor y la miseria.

X

Cumpliendo la voluntad de la difunta, tres o cuatro días después abrió Lucía la caja que con tanto afán le confió en su últimas horas, y entre los varios objetos que contenía: dos mechones de pelo, rubio y sedoso uno, como de suave y fina cabellera infantil; más fuerte y más obscuro el otro, que, indudablemente pertenecía a un hombre joven, y ambos ensortijados merced a la opresión de un lacito de seda; un medallón con una fotografía de la madre de Enriqueta y un imperdible con la de la niña; un paquete de cartas y unas flores secas, vió algo que conmovió hondamente todas las fibras de su ser: el retrato de su amiga con el bello rostro feliz y sonriente, como en los días dichosos de su esperanzada juventud, y junto a ella el de un hombre, el de Ignacio, que también sonreía feliz y satisfecho.

Anonadada, trémula de horror y de

angustia, se derrumbó su cuerpo sobre una butaca. Sintió en el pecho una opresión sofocante y en su mente un fuego de demencia.

¿Era posible?... ¡Aquel infame que había causado la desesperación y la muerte de su infeliz amiga, que había destrozado su hogar, que había tenido el cruel egoísmo de no acudir a la súplica de una madre, hecha en nombre de la hija inocente, era su propio esposo, al que ella consideraba tan bueno, tan noble, tan sensible, incapaz de villanías ni traiciones!... ¡Y ella, en cambio, la mártir desdichada, había tenido la abnegación de ocultárselo, de dejarse morir de pena, para consumar un sacrificio de santa, para no alterar la ventura de quien inconscientemente, por una aciaga disposición de la fatalidad, habíale robado al ser querido! ¡Pobre amiga, doblemente infeliz! ¿Cómo su débil cuerpo, su lacerado corazón, había de soportar tamaños males, tan inmensas desesperaciones?

Y lo único que le había pedido, como compensación de sus torturas, era que amparase a su hija, al pobre ser que era sangre de la sangre de su propio marido... ¡Ahora se explicaba sus reticencias, aquella súplica que no se atrevió a hacerle de palabra! Aun había en la cajita un sobre cerrado que rasgó febrilmente, para leer la última voluntad de la difunta, que había de cumplir fuera la que fuera, como un mandato imperioso, ineludible, de la Divinidad.

"Si no compromete tu ventura revelarle el secreto a tu esposo y llegas a decirle que él es el padre de mi hija, pídele que le dé su nombre, para que, con el santo cariño que tú le das, lo tenga todo, todo lo que su propia madre no hubiera podido darle nunca. Hazlo en memoria de este martirio que me mata, y bendita seas."

Tomó de la mano a la niña, que jugaba inocentemente en un rinconcito de la estancia, y fuése decidida en busca de su esposo, que trabajaba en el despacho, y sin preparativos ni rodeos, emocionada, pero resuelta y firme, le conminó:

—¡Escucha, Ignacio! ¡Quiero que esta niña, como las leyes lo consientan, pero de un modo definitivo y absoluto, sea nuestra hija!

—¡Pero mujer!... No te comprendo...

—Mírala fijamente, y no me obligues a decirte lo que tú sabes, o lo que debió descubrirte tu conciencia, si lo ignorabas, como la casualidad acaba de descubrírmelo a mí.

Escuchábala consternado.

—Tú no puedes oponerte—prosiguió ella—a declarar que es hija tuya, a menos que seas más inhumano que el que sedujo y abandonó a Enriqueta.

Con los ojos desmesuradamente abiertos miró a su mujer, después a la niña, y al revelarse la verdad en su mente, un temblor convulsivo abatió su cuerpo.

—¡Es posible!...

—Tú conciencia te responderá.

—¡Oh, Lucía de mi alma!... ¿Cómo pedirte que me perdones?... ¿que tengas compasión de mí?...

—Sólo de un modo puedo perdonarte: en nombre de Dios, que tiene

clemencia para todo arrepentimiento, y en nombre de la pobre sacrificada, que tuvo la abnegación sublime de perdonarte antes de morir.

—¡Dímelo! ¡A todo lo que quieras estoy dispuesto!

—Cumpliendo su voluntad sagrada, que expresó en una súplica... Dándole tu nombre a su hija...

Quiso arrodillarse ante ella para besar sus manos. Lucía lo impidió, levantando a la niña e interponiendo su cara angelical entre la de su esposo y la suya; los tres se confundieron en un abrazo, en el que había risas infantiles y llantos de dolor y remordimiento, que por lo que tenían de tributo a la memoria de una mártir habían de llevar a las almas una dulce sensación consoladora.

E. Contreras y Camargo

RETABLILLO LITERARIO

La inquietud espiritual de Emilio Carrère

El autor de aquella hermosa joya del moderno Parnaso castellano, que se intitula *El Caballero de la Muerte,* ha comenzado a publicar sus obras completas.

El primer tomo es un bello florilegio, en el que ha recogido, como profusión de flores en un magnífico ramillete, las rimas que ha hecho en estos últimos tiempos; a manera de cinta que las une halas puesto por título *La canción de las horas.*

Ha mucho tiempo que siento una reverente y fraternal pleitesía por este patriarca de la bohemia literaria. Sus prosas y sus rimas son para mí exquisitos regalos; él, Antonio Machado, Rey Soto y algunas veces Villaespesa constituyen la corte de mis poetas; pero nadie me ha producido la inquietud que este buen Emilio, al que no hay forma de leer con el sosiego que aquel otro del filósofo ginebrino.

Dejo aparte, con ser páginas bellísimas del libro, los madrigales, epístolas, elegías y evocaciones ancestrales, como aquella en que se trae a cuento la mala muerte de Villamediana, para fijarme con una fuerza subyugadora en la que lleva por título *Los ojos de los fantasmas.*

Carrère, que ya en otras ocasiones, con su prosa concisa y florida, ha mantenido la escalofriante teoría de que los ojos de los muertos viven en las calladas sombras de la noche, lo dice ahora en verso, y tengo para mí, aunque de ello me pese, porque también llega a robar quietud a mi espíritu, que con más seguridad en la convicción y más belleza en la frase que cuando dejó correr la dicha teoría entre los capítulos de algún cuento o los párrafos de una crónica.

Carrère tiene la obsesión del más allá, y esto, que en un principio lo mostraba al margen de su literatura, ahora casi siempre deja que resbale desde el fondo de su espíritu atormentado a la blancura de las cuartillas. Aun bajo la máscara grotesca de *Momo,* en cuyo alrededor todo es bulla y algazara, advierte el terrible y cauteloso paso de la *Descarnada.*

Para Carrère todas las horas tienen un momento lúgubre, y las de la noche todas parécenle tejidas con hilillos del misterio que nos destierra de los caminos del mundo. A ese tiempo retorna el pasado, vuelven los muertos cuyos ojos fosforecen en las tinieblas como los de los gatos, únicos seres que tienen el don de ver más allá de la vida. Pasa la *Estadea* a través de los caminos; tañen impelidas por manos extrahumanas las esquilas de los monasterios cuyos monjes murieron en pecado mortal, y al eco de ese tañido funeral se congregan las brujas, y Gil de Rais, el rey Carlos, Catalina de Suecia y la Montespán celebran sus espantosas misas negras.

Los exorcismos y anatemas de aquellos frailazos zafios e infames, Froilán Díaz y Mauro Tenda, que amargaron y destruyeron la miserable vida de Carlos II, los resplandores trágicos de las hogueras inquisitoriales, las llamas lúgubres de los cirios verdes con que los malventurados

reos alumbraban su propio *vía crucis,* y hasta los espantosos gritos de dolor y de espanto que lanzaban amarrados al poste donde sus cuerpos habrían de quedar convertidos en cenizas que aventarían los huracanes del fanatismo, parecen encontrar eco en el espíritu de Carrère.

Yo siempre que tengo la ventura de encontrarle en mi camino, siento una curiosidad inquietante y un poco malsana y me gusta por extremo oírle sus teorías del más allá; se me antoja que hablo con un ser de este mundo que tiene comercio con las tinieblas; y en verdad que si yo tuviera la desgracia de dar cabida en mi ánimo a los prejuicios absurdos de una religión convencional fabricada en un Vaticano, correría luego a postrarme ante el tribunal de la penitencia para descargar mi conciencia de la pesadumbre del pecado demoniaco.

Carrère, como aquellos otros poetas del Renacimiento, tiene amistad con astrólogos y alquimistas, abriga cierta esperanza de que pueda descubrirse el misterio de la Piedra filosofal. Conoce a los entes y trasgos, que se complacen en burlarse de nosotros cambiando los objetos de nuestro uso habitual del sitio en donde tenemos la costumbre de dejarles, y así sabe quiénes fueron aquellos *martinetes,* que arrojaron a unos tahures del garito que tenían en cierta casa de la calle de la Princesa, a la margen del palacio de Liria, y los otros que presentaron al capellán (que luego haciendo alarde de desaprensión ocupó el mismo aposento) el recado con que habría de celebrar el santo sacrificio de la misa, y a los que llevaron un vestido nuevo a la marquesa de las Ormazas, sin que a ella le pasara el capricho del pensamiento.

Carrère es camarada de bellacos y de hombres de pró, a la manera de aquel hispalense Alvarez de Soria, que feneció ahorcado por la crueldad de un arzobispo, anda en las tahurerías, se refocila en las mauflas, yanta en los figones, y entre tanta miseria, entre tanta carroña, halla la simiente para sus versos maravillosos, siempre dolorosos y tristes...

Carrère vaga constantemente por las calles de la villa con este desasosiego terrible en su espíritu, que al cabo se cuaja en libros tan admirables, tan llenos de poesía y de alucinación como este breviario que acabo de leer.

DIEGO SAN JOSÉ

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.

Servicios de la Compañía Trasatlántica

Línea de Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 25, de Valencia el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Hábana y Veracruz. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes con escala en New-York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de La Palma, Puerto Rico y Habana. Salida de Colón el 12 para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Servicio mensual saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos Cantábrico a New-York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin **hilos.**



LOS CONTEMPORÁNEOS

Los precios de suscripción a esta Revista, para España y América: 10 ptas. año y 5 ptas. semestre. Para los demás países de Europa, 15,60 ptas. año.